

BUSTAMANTE, ANI
Los pliegues del sujeto
Madrid: Biblioteca Nueva, 2010, 316pp.

§ 1. Idea: yo es otro

Ha sido un placer leer el libro de Ani Bustamante. Ha sido un refugio, una cabaña en medio del bosque agreste en el que se han convertido hoy en día las grandes ciudades como Lima. No obstante, no he podido pasar por él sin experimentar una cuota de dolor, ese temblor que inevitablemente siento cuando, replegado sobre mí mismo, constato que –contra el deseo de Sócrates– no hay tal cosa como un yo que proteger, sino simplemente puentes que transitar mientras se dibujan y desdibujan continuamente sobre un abismo interior. Porque el alma no es más que un vacío; y existir, el arte del equilibrio. Por ello, Gilles Deleuze decía, parafraseando a Herman Melville en *Moby Dick*, que si nos asomamos a las profundidades de nuestra subjetividad –compuesta de infinitas larvas– seguramente retornaremos de ellas con los ojos inyectados de sangre y con los tímpanos reventados. Es este el destino del pensador. Y no cabe duda –como Nietzsche y Heidegger supieron en su momento– que los grandes maestros del pensamiento son los poetas. Y ahí tenemos a Fernando Pessoa, centro del análisis del libro de Ani Bustamante.

El malestar que experimentamos en la convivencia cotidiana –del que Freud ya nos había hablado– y el sufrimiento existencial íntimo son el derecho y el revés, los pliegues, de una misma realidad a la que el libro de Bustamante trata de aproximarnos, desde sus primeras páginas, de la mano de la obra poética de Fernando Pessoa. Me refiero a la realidad nombrada en la potente fórmula de Arthur Rimbaud: “yo es otro”. Esta afirmación constituye el núcleo

del libro, pues expresa de forma mínima la condición paradójica del sujeto contemporáneo sobre el que Bustamante quiere pensar: *no ser nunca igual a sí mismo*. Esta diferencia instalada en medio de nuestra identidad no es un déficit superable; es, por el contrario –y de aquí la paradoja–, la condición de posibilidad del advenimiento del sujeto: para que haya “yo” tiene que haber “otro(s)” que lo produzcan y, en esa dinámica de constitución, esos otros quedan plenamente adheridos al yo (o mejor: son el yo, “infinitas larvas”). De ahí que el sujeto no sea *uno* y *monolítico*; sino, *plural* y *fracturado*.

El libro de Bustamante es, además de una reflexión sobre la noción de subjetividad, una invitación a mirarnos íntimamente y a reconocer esa multiplicidad que nos constituye. Hoy en día casi nadie se detiene a observarse, nadie se toma el tiempo de atravesar sus puentes, de transitar sus umbrales, de desplazarse por sus litorales. Y no lo hacemos pues tememos perdernos en esa subjetividad viscosa, líquida, desfondada y vacía que finalmente somos. Preferimos aferrarnos a una “idea del yo” claramente definida, estructurada, codificada y socialmente aceptada que nos dé orden, control y seguridad. Para lograrlo, nuestro mecanismo de defensa es la negación omnipotente, narcisista y violenta de lo otro; pero no principalmente de lo otro externo –aunque también–, ese que tal vez toleramos pues hoy en día hacerlo es lo políticamente correcto; sino de lo otro íntimo, eso que también somos pero no queremos aceptar. Sin embargo, al final siempre sabemos que esta negación es solo un escape temporal; sabemos que la alteridad reprimida retornará, como decía Freud, para des-estructurarlo todo. ¿Cómo evitar que la noche oscura del caos se apodere del cosmos subjetivo? ¿Cómo integrar positivamente la diferencia en la identidad?

Haciendo frente a esta actitud negadora, lo que la autora nos muestra a través de su libro es cómo, por el contrario, la aceptación de lo otro como elemento constitutivo de la subjetividad puede ser una forma de sanar aquel dolor que nos ocasiona sabernos escindidos y cómo, gracias a ello, este reconocimiento también puede llegar a ser la creación de un sendero de liberación. Desplegando esta idea, Bustamante analiza el “caso Pessoa”. El poeta portugués desarrolló su obra a partir de la creación de heterónimos (“otros yos”), los cuales constituirán el elemento privilegiado del análisis positivo de nuestra autora. Algunas interpretaciones han hecho de la heteronimia de Pessoa un síntoma patológico, la expresión de una psicosis profunda –lo mismo que se

ha hecho con la obra de Nietzsche—. El libro de Bustamante deja entrever que, por el contrario, la creación de un universo complejo de heterónimos —un *pluriverso* para ser más precisos— ha sido el medio hacia, y la expresión de, su cura: una terapia pacientemente autoimpuesta, una iniciativa de salud. En este sentido, multiplicarse, reconocerse plural y aceptarse como tal, nos dice Bustamante, no implicó un camino hacia la perdición para Pessoa; sino, por el contrario, una forma de encontrarse. Pero ya no en un punto fijo y estable, en un núcleo sólido y seguro, en un yo cartesiano; sino en un espacio de transición, en un umbral o intervalo en el que, pliegue a pliegue, se fue tejiendo su propia identidad. *Existir fue para él devenir, nunca ser.*

§ 2. Estructura: el cono

Bustamante desarrolla su tesis en dos momentos. En primer lugar, en lo que vendría a ser el marco teórico del libro, se detiene en Freud, Lacan, Winnicott y Deleuze. Luego, en la segunda parte del texto, se concentra en la obra de Pessoa. A pesar de esta aparente estructura académica y dicotómica, el libro, en realidad, está formado como un gran cono que, en el inicio, en su máximo punto de condensación, nos dice “yo es otro” y que, en sus aproximadamente 300 páginas, está compuesto por diferentes anillos de despliegue que no son otra cosa que movimientos de explicación de aquella idea originaria.

De esta forma, el primer anillo, como era de esperarse, le corresponde a Sigmund Freud. En este punto, el “yo es otro” se despliega a partir de la teorización de las dos tópicas (inconsciente, preconscious y consciente; ello, yo y súper yo) y de la escisión del yo (*Spaltung*). Luego, el segundo momento de desarrollo se centra en Jacques Lacan. Aquí, Bustamante presenta la idea lacaniana de que el sujeto se constituye en torno a un vacío fundamental en tanto su advenimiento se da por/en el lenguaje, situación que lo escinde del mundo. Vinculado a lo anterior, la autora discute la posición del sujeto como punto de intersección del Nudo Borromeo que anuda lo imaginario, lo simbólico y lo real. El tercer anillo lo protagoniza Donald Winnicott. En este psicoanalista perteneciente a la tradición inglesa, Bustamante encuentra el “yo es otro” desplegado bajo la idea de que el sujeto se individualiza en un intervalo (en un *entre dos*: el bebe y la madre) que le permite desligarse de la unidad materna y que el autor de *Juego y realidad* llama Espacio Potencial. Finalmente, la autora recurre a

un filósofo que aparentemente desentona teniendo en cuenta que los tres autores antes trabajados pertenecen directamente al campo del psicoanálisis. Sin embargo, Gilles Deleuze termina siendo el referente más importante de Bustamante en esta primera parte del libro, no solo porque este autor tiene un trabajo muy importante sobre el psicoanálisis (notablemente en su obra intitulada el *Anti-Edipo*), sino, principalmente, porque tal vez sea Deleuze el filósofo que nos ha dejado una de las reflexiones más poderosas del siglo XX sobre la cuestión del sujeto. Por ello, la idea deleuzeana de que la subjetividad es una multiplicidad rizomática, un Pliegue, será finalmente la más influyente en la propuesta de la autora.

Y así, a través de estos cómplices, el libro nos conduce directamente a Fernando Pessoa. En la obra poética del portugués —específicamente, en la creación de sus heterónimos y en la constitución de sí mismo como un *Poetodrama*—, la autora encuentra los elementos necesarios para crear un concepto de sujeto que nos permita pensar positivamente lo múltiple, la alteridad y la diferencia. Finalmente, gracias a Pessoa, Bustamante puede decir, al terminar el libro, (casi) lo mismo que decía al inicio apoyándose en la fórmula de Rimbaud: “yo es otro”. Y digo “casi” porque la autora sutilmente añade la “s” al final de “otro” para remarcar el carácter inherentemente plural del yo. Algo aparentemente insignificante (añadir una letra), cobra una gran relevancia pues no surge de un arbitrario antojo, sino de un recorrido conceptual que, como decía, se inició con la discusión de la escisión del yo en Freud y terminó con el análisis de la obra heterónima de Pessoa. De esta forma, el despliegue del “yo es otro” a lo largo del libro se detiene en el “yo es otros”, fórmula que propone Bustamante para expresar su propia noción de la subjetividad, la Estrella: anudamiento deseado y modelado de las singularidades heteróclitas que nos componen para dar forma a la propia identidad como una obra de arte.

§ 3. Escritura: los intercesores

Desde el punto de vista del trabajo creativo, nuestra autora ha hecho en su libro algo muy parecido a lo que Pessoa hizo en su obra poética. Originalmente, Pessoa tuvo la pretensión de crear un poema universal o un drama total. Este tendría la forma de un *Poemodrama* y llevaría por nombre *Fausto*. Sin embargo, este proyecto nunca fue concluido, pues se le presentó a Pessoa

como una tarea inabarcable en *una sola vida*. Frente a esta imposibilidad, para poder expresar todo lo que quería en aquel poema total, para poder llevar a cabo su tarea en *una sola vida*, para que el tiempo le fuese suficiente, Pessoa tuvo que multiplicarse a sí mismo produciendo con ello diferentes visiones de mundo al mismo tiempo. Esto le permitiría expresar lo que en el *Fausto* había quedado pendiente. De esta forma, transitando del *Poemodrama* (poema total) al *Poetodrama* (poeta total), Pessoa lograría vivir varias vidas al mismo tiempo. En el *Poetodrama*, entonces, asistimos a la constitución y expresión de un escenario y de un drama interior, a la formación de un teatro que representa los paisajes del alma del poeta a partir de los que se creará su obra. Es así que Pessoa le da nacimiento a sus famosos heterónimos, a sus otros yos, a sus otras voces, las que le permiten decir cosas que antes no hubiera podido por estar sometido a la tiranía de su yo dominante. *Pessoa se multiplica para liberarse.*

Ahora bien, ¿por qué sostenemos que la autora ha hecho algo muy similar a lo que hizo Pessoa? Porque ella también tiene algo que expresar que no puede manifestar por sí misma. Pues, ¿cuál es el lugar que ocupan Freud, Lacan, Winicott, Deleuze e, incluso, el mismo Pessoa a lo largo del libro? ¿Qué busca en estos personajes? Ellos no son valiosos por sí mismos, eso es claro. El libro de Bustamante está muy lejos de ser un texto erudito o exegético. La autora no concibe el libro, según me parece, ni como receptáculo de verdades ni como representación del mundo. El libro, el suyo, funciona más bien como un *collage* —como una caja de herramientas, tal como gustaba decir Foucault—, donde los autores y los conceptos son útiles para hacer cosas, para *pensar*. ¿Son ellos entonces *heterónimos*, son *sus* heterónimos? No precisamente, pues no surgen de la multiplicación interna de su yo. Más bien, los cinco autores trabajados le sirven a Bustamante como *intercesores*.

Este es un bello concepto inventado por Gilles Deleuze. Los intercesores son medios de expresión. Funcionan como detonadores del pensamiento creativo. El intercesor es alguien (o algo) con quien entramos en relación para, gracias a esta conjunción, lograr expresarnos poniendo entre paréntesis a nuestro yo. Fingimos que es él quien se está expresando a través de nosotros, cuando, en realidad, somos nosotros los que hablamos a través de él: nuestros rostros se confunden y vuelven a sí transformados. Es quien nos permite liberar las fuerzas impersonales que nos conforman, esto es, las singularidades que

nos pueblan pero que normalmente son desplazadas de la representación consciente que tenemos de nosotros mismos, es decir, reprimidas. Por ello, Deleuze asegura que es fundamental para el trabajo de la escritura y del pensador (incluso para vivir simplemente) encontrar a nuestros intercesores. Pueden ser reales o ficticios, vivos o muertos, humanos o inhumanos... en fin, un intercesor puede ser cualquier cosa. Lo clave es que nos permiten dejar de lado el discurso colonizador, en primera persona, mayoritario y oficial; liberando al mismo tiempo el discurso impersonal, minoritario y subversivo. Nos ofrecen, entonces, la posibilidad de encontrar vías de escape o líneas de fuga para poder huir de toda forma de control y para crear, al mismo tiempo, nuevas conexiones, agenciamientos antes inimaginables, logrado con ello pensar lo impensado, decir lo indecible y vivir lo invivible. Así, pues, los intercesores son *otros*, pero que, al entrar en una red de relaciones con nosotros, terminan formando parte de lo que somos. Freud, Lacan, Winnicott, Deleuze y Pessoa son esas voces que la autora ha necesitado y que ha hecho suyos para poder escribir sobre eso que ella misma nos dice, hacia el final del libro, que siempre la empujó a pensar: la condición del sujeto. La autora se pluraliza, entonces, gracias a ellos.

Pero, entonces, ¿no son acaso los heterónimos y los intercesores lo mismo? Son pliegues —el anverso y el reverso, el adentro y el afuera— diferentes de una misma realidad: la subjetividad. Podríamos decir que los heterónimos de Pessoa —Alberto Caeiro, Ricardo Reis y Álvaro de Campos principalmente— son puntos singulares de su interioridad que en sus relaciones mutuas forman, finalmente, la multiplicidad, la Estrella, dice Bustamante, que constituye al sujeto “Fernando Pessoa”. Estos, para poder ser expresados, visibilizados, tuvieron que ascender a su superficie subjetiva, discursiva, convirtiéndose en autores reales: en sus otros nombres. Es el yo multiplicado desde adentro. En el caso de nuestra autora, me atrevo a sostener que Freud, Lacan, Winnicott, Deleuze y Pessoa son *otros* ahí afuera que sintonizan con el sujeto “Ani Bustamante”, pero que lo hacen precisamente porque le permiten expresar singularidades antes inexpresables, lo re-potencian multiplicándolo. Diría, entonces, que Bustamante se conecta con ellos, hace agenciamiento, para poder abrir su subjetividad gracias a ellos, con ellos, a través de ellos. En ese movimiento, observamos un despliegue de la subjetividad de la autora que abraza a sus referentes para luego, en un movimiento de repliegue, hacerlos suyos. Es el yo multiplicado desde afuera.

§ 4. Acción: la política del sujeto

En fin, *Los pliegues del sujeto* busca ofrecernos herramientas útiles para pensar la experiencia del sujeto contemporáneo, es decir, el *caosmos* del sujeto que se desborda. La aproximación que nos ofrece el libro al fenómeno antes mencionado es necesaria, pues nos permite comprender la experiencia de la despersonalización –tan frecuente hoy en día– fuera del marco de la patología, de la enfermedad, ligándola más bien a la creación y a la liberación del individuo. Así, propone una filosofía del sujeto que nos permite pensarlo de una forma diferente a la que estamos acostumbrados. Es, por ello, filosofía en el sentido más noble del término: reconfigura y reordena lo real para permitirnos ver, pensar, sentir de una manera diferente. Prolonga así nuestras posibilidades de existencia.

Por esto último, aunque no sea explícito, estamos frente a un libro de ética y política. Lo importante de una obra, como dice Slavoj Žižek, no es lo que dice en la superficie de su discurso, sino lo que ella implica, es decir, lo que pliega sobre sí: su espíritu. Este libro propone una ética de la diferencia y de la apertura. El sujeto como Estrella –teorizado a partir del “yo es otro” y sus diferentes máscaras, notablemente la de los heterónimos de Pessoa– nos muestra que es posible convivir con lo heterogéneo en un mismo plano de existencia. Y no solo posible, sino también deseable. Es política, además, pues nos invita a abrirnos al otro, ya sea próximo o lejano, pues nos guste o no ese otro siempre será parte de nos-otros. Esto es clave para pensarnos como colectivo, sobre todo en un país como el nuestro en el que diariamente se destruyen –simbólica y realmente– los lazos sociales a partir de la instauración de un odio tribal hacia lo otro. Solo aceptando a todos los otros (internos o externos, al final son lo mismo) es posible aceptarnos a nosotros mismos. Y es esta la enseñanza que nos deja el libro.

ALEJANDRO LEÓN CANNOCK
Pontificia Universidad Católica del Perú
Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas